

ARTE DEL OLVIDO

José Ramón TRUJILLO

LA HABANA, FIN DE SIGLO*

Es el verano de 1999 y está mi amor mirando el mar a través de los claros ventanales de la aurora. La pantera vieja y elegante de La Habana despereza sus escamas. Es un dedal de hormigas, una llaga hambrienta, una blanca azucena orgullosa y desconchada. Al fondo, el mar en llamas de la Iliada, el mar que se deshoja.

Está mi amor sentada de espaldas al mar, mirando el mar: hebras de sol arañan las paredes, la espuma de los muros salpicada por el verde azulino del deseo, las valvas perfumadas de las flores ofreciendo su color de prostituta, las columnas leprosas de las viejas mansiones, la herrumbre de las verjas, los cañizos azotados por el viento, esta aurora. Y el silencio.

Un joven parece saludarla desde la otra orilla del tiempo, ese saludo helado, un tiempo que está fuera de la historia, una sonrisa hecha de remiendos. Ella no responde. Contempla la escena transcurrir, un buick azul 1957 arrastra tras de sí el telón de las estrellas más allá. Todo en él ya es nostalgia. Amanece.

Tras este hombre joven, otros hombres y mujeres con el hambre en los talones inundan el dédalo de calles, las márgenes del puerto y se derraman por las plazas y los campos más allá. Cada uno de ellos es —a un mismo tiempo y sin saberlo— un hombre blanco, un indio, un hombre negro.

* José Ramón Trujillo, *Arte del olvido*, Huelva: Fundación Juan Ramón Jiménez, Dip. Provincial, 1997.

Cada uno de ellos pertenece a aquel grupo de hombres que atravesaron el mar para cumplir la profecía de unos dioses mestizos y sangrientos, aquellos hombres-insecto cubiertos por escamas pesadas de acero que cabalgan veloces pesadillas sudorosas y tienen por costumbre grabar en el umbral de las puertas y en la piel de los vencidos la mariposa heráldica del blasón de su familia. Ellos son el vendaval que asola esta tierra, el vendaval que habla en sueños a los hombres con voz aguda de soprano, el que arroja peces vivos a los vientres de las niñas. Ellos traen consigo los libros en que registran los sueños. Y el reloj. Y la yunta y el arado.

Cada uno de ellos pertenece a aquellos descendientes de los dioses que son hoy sacerdotes de un rito que se extingue, aquellos que enquistan con sus manos el gusano del pánico en los corazones, aquellos cuya piel de bronce y aceituna cubrió la tierra de templos y pirámides desde el Ártico a la Patagonia. Ellos son laboriosa pesadumbre, la lenta venganza, la sangre del Oriente. Nos legaron la solemnidad, la daga labrada, la cobardía. La triste mansedumbre que ensombrece la mirada.

Cada uno de ellos es un esclavo que viaja en las sentinas malolientes de un pesado y oscuro galeón en primavera, cada uno es un rey africano que ha perdido en un mal golpe de dados su reino y su destino. Ellos llevan escrito en la fiera de sus ojos, las vastas extensiones del desierto y de la selva, el signo del sol, la nobleza de la sangre, los azotes y el horror que heredaron de sus padres. De los padres de sus padres.

Sobre un tejido de lazos tenues nacidos del cruce de la sangre, sobre un precipicio de luz, reposa el orden del mundo en esta madrugada.

Esta es una tierra fértil para la lengua y la Historia.

* José Ramón Trujillo, *Arte del olvido*, Huelva: Fundación Juan Ramón Jiménez, Dip. Provincial, 1997.

Pero, aún, ella está mirando el mar. Y no ve en él la constelación de las Antillas, ni los pesados galeones de octubre, ni las velas o el hollín de los mercantes.

Las olas de la Historia van y vienen, mientras ella mira el mar. Entrecierra sus ojos, la dorada esfera de un reloj sin brazos asciende la escarpada pendiente de este fin de siglo. Ya es mañana. Reverbera la luz. Sí, la mirada se derrama deslumbrada sobre el mar desconchado de La Habana.

Porque es cierto: América es un mar con otro nombre.